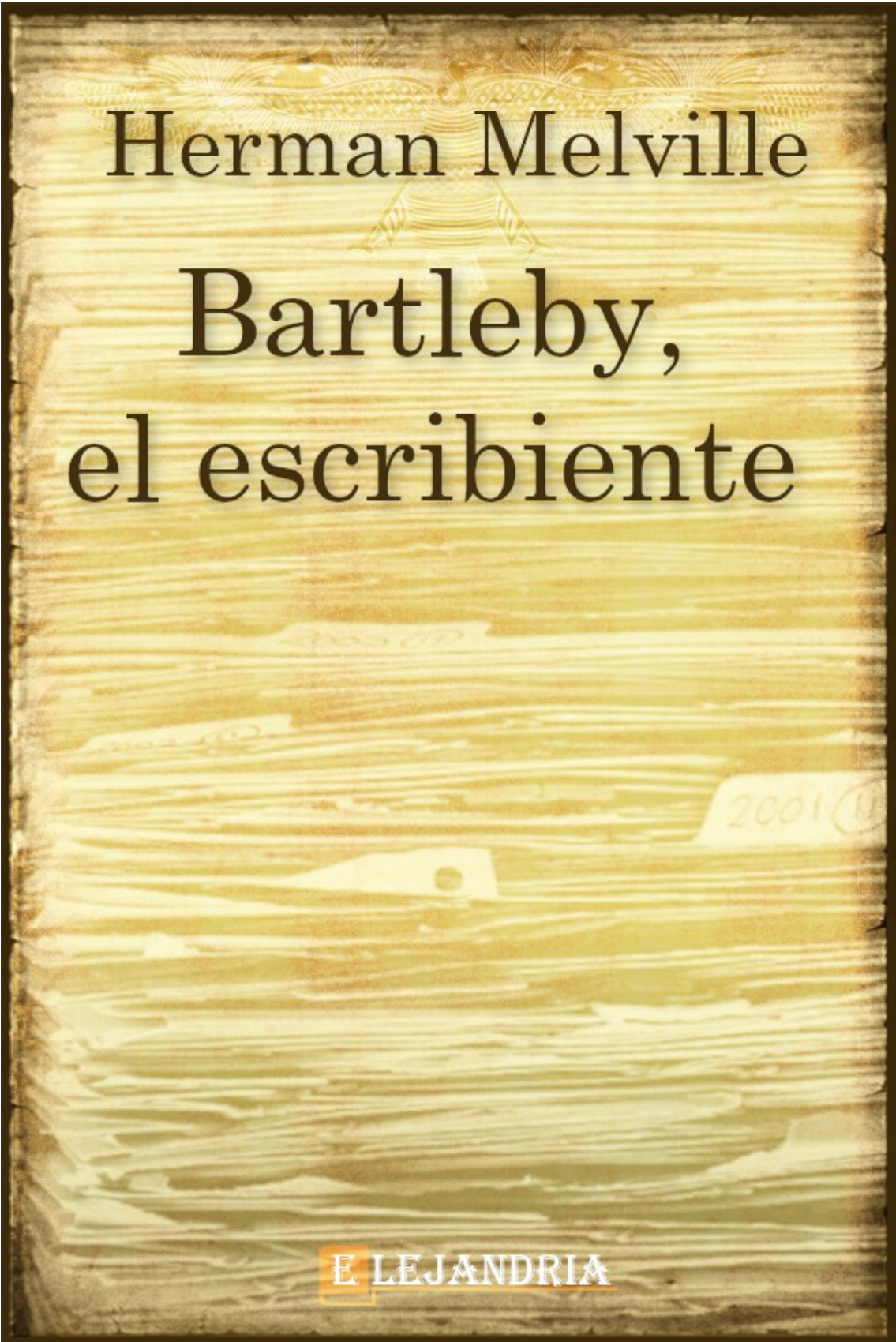


Herman Melville
Bartleby,
el escribiente



Herman Melville
Bartleby,
el escribiente

E LEJANDRIA

BARTLEBY, EL ESCRIBIENTE

HERMAN MELVILLE

1853

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO**

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

Introducción:

El narrador de la historia es un abogado anónimo con oficinas en Wall Street en la ciudad de Nueva York. Se describe a sí mismo como "un negocio cómodo entre los bonos, las hipotecas y los títulos de propiedad de los hombres ricos". Tiene tres empleados: "Primero, Turkey; segundo, Nippers; tercero, Ginger Nut", cada uno de los cuales es descrito. Turkey y Nippers son copistas o escribas, mientras que Ginger Nut hace trabajos de entrega u otros trabajos variados en la oficina, y el abogado decide que su negocio necesita un tercer escribiente. Bartleby responde a su anuncio y llega a la oficina, "¡pálidamente pulcro, lastimosamente respetable, incurablemente desamparado!".

Inicio del relato:

Soy un hombre bastante mayor. La naturaleza de mis actividades durante los últimos treinta años me ha puesto en contacto con lo que parecería un grupo de hombres interesante y un tanto singular,

del que todavía no se ha escrito nada que yo sepa: me refiero a los copistas o escribientes. He conocido a muchos de ellos, profesional y privadamente, y si quisiera, podría relatar diversas historias, ante las cuales los caballeros de buen carácter podrían sonreír y las almas sentimentales llorar. Pero renuncio a las biografías de todos los demás copistas por unos pocos pasajes de la vida de Bartleby, que fue un copista de los más extraños que he visto u oído. Mientras que de otros copistas de leyes podría escribir la vida completa, de Bartleby no se puede hacer nada de eso. Creo que no existen materiales para una biografía completa y satisfactoria de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres de los que no se puede saber nada, salvo por las fuentes originales, y en su caso éstas son muy escasas. Lo que mis propios ojos asombrados vieron de Bartleby, es todo lo que sé de él, excepto, de hecho, un vago informe que aparecerá en la secuela.

Antes de presentar al escribiente, tal como me pareció por primera vez, es conveniente que haga alguna mención de mí mismo, de mis empleados, de mi negocio, de mis aposentos y de mi entorno en general, porque una descripción de este tipo es indispensable para una adecuada comprensión del personaje principal que se va a presentar.

Imprimis: Soy un hombre que, desde su juventud, ha estado lleno de una profunda convicción de que la forma de vida más fácil es la mejor. Por lo tanto, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y nerviosa, incluso hasta la turbulencia, a veces, sin embargo, nunca he permitido que nada de ese tipo invada mi paz. Soy uno de esos abogados poco ambiciosos que nunca se dirigen a un jurado, ni atraen el aplauso del público, sino que, en la fresca tranquilidad de un refugio acogedor, hacen un

negocio cómodo entre los bonos, las hipotecas y los títulos de propiedad de los hombres ricos. Todos los que me conocen me consideran un hombre eminentemente seguro. El difunto John Jacob Astor, un personaje poco dado al entusiasmo poético, no dudó en declarar que mi primer gran punto era la prudencia; el siguiente, el método. No lo digo por vanidad, sino que simplemente hago constar el hecho de que el difunto John Jacob Astor no me desocupó en mi profesión; un nombre que, admito, me encanta repetir, porque tiene un sonido redondo y orbicular, y suena como un lingote. Añadiré libremente que no fui insensible a la buena opinión del difunto John Jacob Astor.

Algún tiempo antes de la época en que comienza esta pequeña historia, mis ocupaciones habían aumentado considerablemente. Se me había conferido el viejo cargo, ahora extinto en el Estado de Nueva York, de Maestro en Cancillería. No era un cargo muy arduo, pero sí muy gratamente remunerado. Rara vez pierdo los estribos; mucho más rara vez me indigno peligrosamente ante los agravios y los ultrajes; pero se me permite ser imprudente y declarar que considero la repentina y violenta abrogación del cargo de Maestro en Cancillería, por la nueva Constitución, como un acto prematuro, ya que había contado con un arrendamiento vitalicio de las ganancias, mientras que sólo recibí las de unos pocos años. Pero esto es por el camino.

Mis aposentos se encontraban en las escaleras del número de la Wall Street. En un extremo, daban a la pared blanca del interior de un espacioso pozo de luz, que penetraba en el edificio de arriba a abajo. Esta vista podría haberse considerado más bien insulsa que otra cosa, deficiente en lo que los pintores de paisajes llaman "vida". Pero si así fuera, la vista desde el otro extremo de mis aposentos ofrecía, al menos, un contraste, si no más. En esa

dirección, mis ventanas ofrecían una vista sin obstáculos de un alto muro de ladrillos, negro por la edad y la sombra eterna; ese muro no necesitaba un catalejo para sacar a la luz sus bellezas ocultas, sino que, para beneficio de todos los espectadores miopes, estaba empujado a menos de tres metros de los cristales de mi ventana. Debido a la gran altura de los edificios circundantes, y a que mis habitaciones estaban en el segundo piso, el intervalo entre esta pared y la mía se asemejaba no poco a una enorme cisterna cuadrada.

En el período que precedió a la llegada de Bartleby, tenía a dos personas como copistas y a un prometedor muchacho como oficinista. El primero, Turkey; el segundo, Nippers; el tercero, Ginger Nut. Pueden parecer nombres que no suelen aparecer en el Directorio. En realidad, eran apodosos que mis tres oficinistas se habían puesto mutuamente, y que se consideraban expresivos de sus respectivas personas o caracteres. Turkey era un inglés bajito y con un aspecto de piel de naranja de más o menos mi edad, es decir, no muy lejos de los sesenta años. Por la mañana, podría decirse que su rostro era de una fina tonalidad florida, pero después de las doce, la hora del meridiano -su hora de la cena-, ardía como una parrilla llena de brasas navideñas; y seguía ardiendo -pero, por así decirlo, con una decadencia gradual- hasta las seis de la tarde, o más o menos, después de que se Después no vi más al propietario de la cara, que ganando su meridiano con el sol, parecía ponerse con él, para salir, culminar y declinar al día siguiente, con la misma regularidad y gloria sin disminuir. Son muchas las coincidencias singulares que he conocido en el curso de mi vida, y no la menor de ellas fue el hecho de que exactamente cuando Turkey desplegaba sus rayos más plenos de su semblante rojo y radiante, justo entonces, también, en ese momento crítico, comenzaba el período diario en el que yo consideraba sus capacidades comerciales como seriamente perturbadas para el resto de las veinticuatro horas. No es que fuera absolutamente

ocioso o reacio a los negocios, ni mucho menos. El problema era que solía ser demasiado enérgico. Había en él una extraña, inflamada, agitada y temeraria actividad. Era incauto al sumergir su pluma en el tintero. Todos sus borrones en mis documentos, se dejaban caer allí después de las doce del meridiano. De hecho, no sólo era imprudente y tristemente dado a hacer borrones por la tarde, sino que algunos días iba más allá, y era bastante ruidoso. En esos momentos, además, su rostro ardía con una blasfemia aumentada, como si se hubiera amontonado carbón de cañón sobre antracita. Hacía un desagradable ruido con su silla; derramaba su cajón de arena; al arreglar sus bolígrafos, los rompía impacientemente en pedazos, y los arrojaba al suelo en una repentina pasión; se levantaba y se inclinaba sobre su mesa, encajonando sus papeles de una manera muy indecorosa, muy triste de contemplar en un hombre mayor como él. Sin embargo, como en muchos aspectos era una persona muy valiosa para mí, y todo el tiempo antes de las doce, meridiano, era también la criatura más rápida y constante, realizando una gran cantidad de trabajo con un estilo no fácil de igualar, por estas razones, estaba dispuesto a pasar por alto sus excentricidades, aunque, de hecho, de vez en cuando, me reñía con él. Sin embargo, lo hacía con mucha delicadeza, porque, aunque por la mañana era el más civilizado, es más, el más soso y reverente de los hombres, por la tarde estaba dispuesto, cuando se le provocaba, a ser ligeramente imprudente con su lengua, de hecho, insolente. Ahora bien, valorando sus servicios matutinos como lo hacía yo, y resuelto a no perderlos; pero, al mismo tiempo, incómodo por sus maneras inflamadas después de las doce; y siendo un hombre de paz, no queriendo con mis amonestaciones provocar réplicas indecorosas de su parte; Me tomé la molestia, un sábado a mediodía (siempre estaba peor los sábados), de insinuarle, muy amablemente, que tal vez, ahora que estaba envejeciendo, sería bueno reducir sus trabajos; en resumen, que no tenía que venir a mi habitación después de las doce, sino que, terminada la cena, era mejor que se fuera a su casa y descansara hasta la hora del té. Pero no; insistió en sus devociones vespertinas. Su semblante se tornó

intolerablemente fervoroso, mientras me aseguraba oratoriamente - gesticulando con una larga regla en el otro extremo de la habitación- que si sus servicios por la mañana eran útiles, ¿cuán indispensables eran entonces por la tarde?

"Con sumisión, señor", dijo Turkey en su ocasión, "me considero su mano derecha. Por la mañana no hago más que reunir y desplegar mis columnas; pero por la tarde me pongo a la cabeza de ellas y cargo galantemente contra el enemigo, ¡así!" -y dio un violento golpe con la regla.

"Pero las manchas, Turkey", insinué.

"Cierto,-pero, con sumisión, señor, ¡mira estos pelos! Me estoy haciendo viejo. Seguramente, señor, un borrón o dos de una tarde calurosa no es para ser severo con las canas. La vejez -aunque manche la página- es honorable. Con sumisión, señor, ambos estamos envejeciendo".

Esta apelación a mi sentimiento de compañerismo era difícil de resistir. En todo caso, vi que no lo haría. Así que decidí dejar que se quedara, resolviendo, sin embargo, que durante la tarde tuviera que ocuparse de mis papeles menos importantes.

Nippers, el segundo de mi lista, era un joven de unos veinticinco años, con barba, cetrino y, en general, con aspecto de pirata.

Siempre lo consideré víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. La ambición se manifestaba en una cierta impaciencia por los deberes de un simple copista, una usurpación injustificada de asuntos estrictamente profesionales, como la redacción original de documentos legales. La indigestión se manifestaba en una irritabilidad nerviosa y una sonrisa ocasional, que hacía rechinar los dientes por los errores cometidos al copiar; maldiciones innecesarias, siseadas, más que pronunciadas, en el calor de los negocios; y especialmente por un continuo descontento con la altura de la mesa donde trabajaba. A pesar de ser un mecánico muy ingenioso, Nippers nunca pudo conseguir que esta mesa se adaptara a él. Colocó debajo de ella fichas, bloques de diversos tipos, trozos de cartón y, por último, llegó a intentar un ajuste exquisito con trozos finales de papel secante doblado. Pero ningún invento le sirvió. Si, para aliviar su espalda, llevaba la tapa de la mesa en un ángulo agudo hacia su barbilla, y escribía allí como un hombre que utiliza el techo empinado de una casa holandesa como escritorio: entonces declaraba que eso detenía la circulación de sus brazos. Si ahora bajaba la mesa hasta la cintura y se inclinaba sobre ella para escribir, sentía un dolor en la espalda. En resumen, la verdad del asunto era que Nippers no sabía lo que quería. O, si es que quería algo, era librarse por completo de la mesa del escribiente. Entre las manifestaciones de su ambición enfermiza estaba la afición que tenía por recibir visitas de ciertos tipos de aspecto ambiguo con abrigos sórdidos, a los que llamaba sus clientes. De hecho, me di cuenta de que no sólo era, a veces, un considerable político de barrio, sino que ocasionalmente hacía algunos negocios en los tribunales de justicia, y no era desconocido en las escaleras de las Tumbas. Tengo buenas razones para creer, sin embargo, que un individuo que lo visitó en mi despacho, y que, con un gran aire, insistió en que era su cliente, no era más que un dun, y el supuesto título de propiedad, una factura. Pero a pesar de todos sus defectos y de las molestias que me causaba, Nippers, al igual que su compatriota Turkey, era un hombre muy útil para mí; escribía con una mano pulcra y rápida y, cuando lo deseaba, no carecía de un comportamiento caballeroso. Además, siempre vestía

de forma caballerosa, lo que, por cierto, daba crédito a mi despacho. En cambio, en lo que respecta a Turkey, tuve que esforzarme mucho para evitar que fuera un reproche para mí. Sus ropas tenían un aspecto aceitoso y olían a comedor. Llevaba los pantalones muy sueltos y holgados en verano. Sus abrigos eran execrables; su sombrero no se podía tocar. Pero si bien el sombrero me resultaba indiferente, ya que su natural urbanidad y deferencia, como inglés dependiente, le llevaba siempre a quitárselo en cuanto entraba en la habitación, su abrigo era otra cosa. Con respecto a sus abrigos, razoné con él, pero sin resultado. La verdad era, supongo, que un hombre de tan escasos ingresos no podía permitirse el lujo de lucir una cara y un abrigo tan lustrosos al mismo tiempo. Como observó Nippers en una ocasión, el dinero de Turkey se destinaba principalmente a la tinta roja. Un día de invierno le regalé a Turkey un abrigo mío de aspecto muy respetable, un abrigo gris acolchado, de un calor muy confortable, y que se abotonaba directamente desde la rodilla hasta el cuello. Pensé que Pavo apreciaría el favor, y disminuiría su temeridad y obstinación de las tardes. Pero no. Creo sinceramente que abotonarse con un abrigo tan mullido y parecido a una manta tuvo un efecto pernicioso sobre él, por el mismo principio de que el exceso de avena es malo para los caballos. De hecho, precisamente como se dice que un caballo temerario e inquieto siente la avena, así sintió Turkey su abrigo. Le hacía ser insolente. Era un hombre al que la prosperidad perjudicaba.

Aunque yo tenía mis propias conjeturas sobre los hábitos autocomplacientes de Turkey, en lo que respecta a Nippers estaba convencido de que, independientemente de sus defectos en otros aspectos, era, al menos, un joven moderado. Pero, en efecto, la propia naturaleza parecía haber sido su vinicultora, y al nacer lo cargó de tal manera con una disposición irritable y parecida al brandy, que todas las pociones posteriores fueron innecesarias. Cuando pienso en cómo, en medio de la quietud de mis

habitaciones, Nippers se levantaba a veces impacientemente de su asiento, e inclinándose sobre su mesa, abría los brazos, tomaba todo el escritorio, y lo movía, y lo sacudía, con un movimiento sombrío y rechinante en el suelo, como si la mesa fuera un perverso agente voluntario, empeñado en frustrarlo y fastidiarlo; percibo claramente que para Nippers, el brandy y el agua eran totalmente superfluos.

Tuve la suerte de que, debido a su causa peculiar -la indigestión-, la irritabilidad y el consiguiente nerviosismo de Nippers se observaban principalmente por la mañana, mientras que por la tarde era comparativamente suave. De modo que los paroxismos de Turkey sólo se producían hacia las doce, y nunca tenía que ver con sus excentricidades a la vez. Sus ataques se aliviaban mutuamente como guardias. Cuando el de Nippers estaba encendido, el de Turkey estaba apagado; y viceversa. Era un buen arreglo natural dadas las circunstancias.

Ginger Nut, el tercero de mi lista, era un muchacho de unos doce años. Su padre era un carretero, ambicioso de ver a su hijo en el banco en vez de en un carro, antes de morir. Así que lo envió a mi oficina como estudiante de derecho, chico de los recados y limpiador y barrendero, a razón de un dólar a la semana. Tenía un pequeño escritorio para él, pero no lo usaba mucho. Al inspeccionarlo, el cajón mostraba una gran variedad de cáscaras de diversas clases de nueces. De hecho, para este joven de gran inteligencia, toda la noble ciencia del derecho estaba contenida en una cáscara de nuez. Una de las tareas más importantes de Ginger Nut, y una de las que desempeñaba con mayor presteza, era su deber como proveedor de pasteles y manzanas para Turkey y Nippers. Al ser la copia de documentos legales un negocio proverbialmente seco y ronco, mis dos escribas se humedecían la

boca muy a menudo con los Spitzenbergs que se encontraban en los numerosos puestos cercanos a la Aduana y a la Oficina de Correos. Además, enviaban con mucha frecuencia a Ginger Nut a por ese peculiar pastel -pequeño, plano, redondo y muy picante- que le había dado nombre. En las frías mañanas en que los negocios no eran más que aburridos, Turkey engullía decenas de estos pasteles, como si fueran simples obleas -de hecho, los venden a razón de seis u ocho por un penique-, mezclando el raspado de su pluma con el crujido de las crujientes partículas en su boca. De todas las ardientes meteduras de pata de la tarde y las precipitadas imprudencias de Turkey, fue la de humedecer una vez un pastel de jengibre entre los labios y pegarlo a una hipoteca para sellarla. Estuve a punto de despedirlo entonces. Pero me apaciguó haciendo una reverencia oriental y diciendo: "Con sumisión, señor, fue generoso por mi parte encontrarle en la papelería".

Ahora, mi negocio original -el de agente inmobiliario y cazador de títulos, y redactor de documentos recónditos de todo tipo- aumentó considerablemente al recibir la oficina del maestro. Ahora había mucho trabajo para los escribientes. No sólo tenía que presionar a los escribientes que ya estaban conmigo, sino que debía contar con ayuda adicional. En respuesta a mi anuncio, una mañana un joven inmóvil se paró en el umbral de mi oficina, con la puerta abierta, pues era verano. Puedo ver ahora esa figura: ¡pálida, lamentablemente respetable, incurablemente desamparada! Era Bartleby.

Después de unas pocas palabras sobre sus calificaciones, lo contraté, contento de tener entre mi cuerpo de copistas a un hombre de aspecto tan singularmente sedoso, que pensé que podría operar beneficiosamente sobre el temperamento huidizo de Turkey y el fogoso de Nippers.

Debí haber dicho antes que las puertas plegables de cristal dividían mis instalaciones en dos partes, una de las cuales estaba ocupada por mis escribas y la otra por mí. Según mi humor, abría o cerraba estas puertas. Decidí asignar a Bartleby un rincón junto a las puertas plegables, pero de mi lado, para tener a este hombre tranquilo al alcance de la mano, en caso de que hubiera que hacer cualquier cosa insignificante. Coloqué su escritorio cerca de una pequeña ventana lateral en esa parte de la habitación, una ventana que originalmente ofrecía una vista lateral de ciertos patios traseros y ladrillos mugrientos, pero que, debido a las construcciones posteriores, no ofrecía ninguna vista en absoluto, aunque daba algo de luz. A menos de un metro de los cristales había una pared, y la luz bajaba desde muy arriba, entre dos edificios altos, como desde una abertura muy pequeña en una cúpula. Para lograr un arreglo satisfactorio, conseguí un biombo alto y verde, que podía aislar completamente a Bartleby de mi vista, aunque no lo alejara de mi voz. Y así, en cierto modo, la intimidad y la sociedad estaban unidas.

Al principio, Bartleby escribió una cantidad extraordinaria de cosas. Como si estuviera hambriento de algo que copiar, parecía atiborrarse de mis documentos. No había pausa para la digestión. Trabajaba día y noche, copiando a la luz del sol y de las velas. Me habría encantado su aplicación, si hubiera sido alegremente laborioso. Pero escribía en silencio, pálidamente, mecánicamente.

Por supuesto, una parte indispensable del trabajo de un escribiente es verificar la exactitud de su copia, palabra por palabra. Cuando hay dos o más escribas en una oficina, se ayudan mutuamente en

este examen, uno leyendo de la copia, el otro sosteniendo el original. Es un asunto muy aburrido, agotador y letárgico. Puedo imaginar que para algunos temperamentos sanguíneos sería totalmente intolerable. Por ejemplo, no puedo creer que el poeta Byron se hubiera sentado satisfecho con Bartleby para examinar un documento legal de, digamos, quinientas páginas, escrito a mano.

De vez en cuando, con las prisas de los negocios, tenía la costumbre de asistir yo mismo a la comparación de algún documento breve, llamando para ello a Turkey o Nippers. Uno de los objetivos que tenía al poner a Bartleby tan a mano detrás del biombo, era aprovechar sus servicios en ocasiones tan triviales. Creo que fue al tercer día de estar conmigo, y antes de que surgiera la necesidad de examinar su propia escritura, cuando, estando muy apurado por completar un pequeño asunto que tenía entre manos, llamé abruptamente a Bartleby. En mi apuro y natural expectativa de cumplimiento instantáneo, me senté con la cabeza inclinada sobre el original en mi escritorio, y mi mano derecha de lado, y algo nerviosamente extendida con la copia, para que inmediatamente al salir de su retiro, Bartleby pudiera tomarla y proceder al negocio sin la menor demora.

En esta misma actitud me encontraba cuando le llamé, indicándole rápidamente lo que quería que hiciera, es decir, que examinara un pequeño papel conmigo. Imaginen mi sorpresa, es más, mi consternación, cuando sin moverse de su intimidad, Bartleby, con una voz singularmente suave y firme, respondió: "Preferiría no hacerlo".

Me senté un rato en perfecto silencio, reuniendo mis aturdidas facultades. Inmediatamente se me ocurrió que mis oídos me habían engañado, o que Bartleby había malinterpretado por completo mi intención. Repetí mi petición en el tono más claro que pude asumir. Pero en uno igual de claro llegó la respuesta anterior: "Preferiría no hacerlo".

"Preferiría no hacerlo", repetí yo, levantándome con gran excitación, y cruzando la habitación con una zancada. "¿Qué quieres decir? ¿Está usted enamorado de la luna? Quiero que me ayudes a comparar esta hoja de aquí; tómala", y se la arrojé.

"Preferiría no hacerlo", dijo.

Le miré fijamente. Su rostro era de una compostura delgada; sus ojos grises, de una calma tenue. No había ni una sola arruga de agitación en él. Si hubiera habido la menor inquietud, cólera, impaciencia o impertinencia en sus modales; en otras palabras, si hubiera habido algo normalmente humano en él, sin duda lo habría despedido violentamente del lugar. Pero tal y como estaban las cosas, habría pensado en dar la vuelta a mi pálido busto de yeso de Cicerón. Me quedé mirándolo un rato, mientras él seguía escribiendo, y luego me senté en mi escritorio. Esto es muy extraño, pensé. ¿Qué es lo mejor que se puede hacer? Pero mis asuntos me apresuraron. Concluí que debía olvidar el asunto por el momento, reservándolo para mi futuro ocio. Así que llamé a Nippers desde la otra habitación, y el papel fue examinado rápidamente.

Pocos días después de esto, Bartleby concluyó cuatro largos documentos, que eran cuadruplicados de un testimonio de una semana tomado ante mí en mi Tribunal Superior de Cancillería. Se hizo necesario examinarlos. Se trataba de un pleito importante, y era imprescindible una gran precisión. Una vez dispuestas todas las cosas, llamé a Turkey, Nippers y Ginger Nut desde la habitación contigua, con la intención de poner las cuatro copias en manos de mis cuatro secretarios, mientras yo leía el original. En consecuencia, Turkey, Nippers y Ginger Nut habían tomado asiento en fila, cada uno con su documento en la mano, cuando llamé a Bartleby para que se uniera a este interesante grupo.

"¡Bartleby! Rápido, estoy esperando".

Oí un lento roce de las patas de su silla en el suelo sin alfombrar, y pronto apareció de pie en la entrada de su ermita.

"¿Qué se busca?", dijo suavemente.

"Las copias, las copias", dije apresuradamente. "Vamos a examinarlas. Ahí", y le tendí el cuarto cuadruplicado.

"Preferiría no hacerlo", dijo, y desapareció suavemente detrás del biombo.

Durante unos instantes me convertí en una estatua de sal, a la cabeza de mi columna de empleados sentados. Al recuperarme, avancé hacia el biombo y exigí la razón de tan extraordinaria conducta.

"¿Por qué se niega?"

"Preferiría no hacerlo".

Con cualquier otro hombre me habría enfurecido, habría despreciado cualquier otra palabra y le habría expulsado ignominiosamente de mi presencia. Pero había algo en Bartleby que no sólo me desarmaba extrañamente, sino que me conmovía y desconcertaba de un modo maravilloso. Empecé a razonar con él.

"Estas son sus propias copias que vamos a examinar. Es un ahorro de trabajo para usted, porque un solo examen responderá a sus cuatro papeles. Es un uso común. Todo copista está obligado a ayudar a examinar su copia. ¿No es así? ¿No va a hablar? Contesta".

"Prefiero no hacerlo", respondió con un tono aflautado. Me pareció que mientras yo me dirigía a él, giraba cuidadosamente en torno a cada una de mis afirmaciones; comprendía plenamente el significado; no podía refutar las irresistibles conclusiones; pero, al

mismo tiempo, alguna consideración primordial prevaleció en él para responder como lo hizo.

"¿Está usted decidido, entonces, a no acceder a mi petición, una petición hecha de acuerdo con los usos y el sentido común?"

Me dio a entender brevemente que en ese punto mi juicio era acertado. Sí: su decisión era irreversible.

No es raro que cuando un hombre es amedrentado de alguna manera inaudita y violentamente irrazonable, comience a tambalearse en su propia fe más llana. Comienza, por así decirlo, a conjeturar vagamente que, por maravilloso que sea, toda la justicia y toda la razón están del otro lado. En consecuencia, si hay alguna persona desinteresada presente, se dirige a ella en busca de algún refuerzo para su propia mente vacilante.

"Turkey", le dije, "¿qué piensas de esto? ¿No tengo razón?"

"Con sumisión, señor", dijo Turkey, con su tono más soso, "creo que sí".

"Nippers", dije yo, "¿qué te parece?".

"Creo que debería echarlo de la oficina".

(El lector de percepciones amables percibirá aquí que, siendo de mañana, la respuesta de Turkey está redactada en términos educados y tranquilos, pero Nippers responde en términos malhumorados. O, repitiendo una frase anterior, el feo humor de Nippers estaba de servicio y el de Turkey no).

"Ginger Nut", dije yo, dispuesto a conseguir el menor sufragio en mi favor, "¿qué te parece?".

"Creo, señor, que es un poco lunático", respondió Ginger Nut con una sonrisa.

"Oiga lo que dicen", dije yo, volviéndome hacia la pantalla, "salga y cumpla con su deber".

Pero él no respondió. Reflexioné un momento con gran perplejidad. Pero una vez más los negocios me apresuraron. Decidí de nuevo posponer la consideración de este dilema a mi futuro ocio. Con un poco de dificultad, conseguimos examinar los papeles sin Bartleby, aunque a cada página o dos, Turkey dejó caer con deferencia su opinión de que este procedimiento estaba fuera de lo común; mientras que Nippers, retorciéndose en su silla con un nerviosismo

dispéptico, lanzaba entre sus dientes apretados ocasionales maldiciones siseantes contra el zoquete obstinado detrás del biombo. Y por su parte (la de Nippers), ésta era la primera y la última vez que haría el trabajo de otro hombre sin cobrar.

Mientras tanto, Bartleby se sentó en su ermita, ajeno a todo lo que no fuera su propio negocio allí.

Pasaron algunos días, en los que el escribiente estaba ocupado en otro largo trabajo. Su notable conducta de los últimos tiempos me llevó a considerar sus costumbres de forma estricta. Observé que nunca iba a cenar; de hecho, nunca iba a ningún sitio. Hasta ahora, nunca había sabido que estuviera fuera de mi oficina. Era un centinela perpetuo en el rincón. Sin embargo, a eso de las once de la mañana, noté que Ginger Nut avanzaba hacia la abertura de la mampara de Bartleby, como si le hiciera una seña silenciosa con un gesto invisible para mí, donde estaba sentado. El muchacho salía entonces de la oficina tintineando unos peniques, y reaparecía con un puñado de nueces de jengibre que entregaba en la ermita, recibiendo dos de los pasteles por su molestia.

Vive, pues, a base de nueces de jengibre, pensaba yo; nunca cena, propiamente dicho; debe de ser, pues, vegetariano; pero no; nunca come ni siquiera verduras, no come más que nueces de jengibre. Mi mente se sumió entonces en ensueños sobre los probables efectos en la constitución humana de vivir enteramente a base de nueces de jengibre. Las nueces de jengibre se llaman así porque contienen jengibre como uno de sus constituyentes peculiares, y el último saborizante. ¿Qué era el jengibre? Una cosa caliente y picante. ¿Era Bartleby caliente y picante? No, en absoluto. El jengibre, entonces,

no tenía ningún efecto sobre Bartleby. Probablemente prefería que no tuviera ninguno.

Nada agrava tanto a una persona seria como una resistencia pasiva. Si el individuo al que se resiste no tiene un temperamento inhumano, y el que se resiste es perfectamente inofensivo en su pasividad; entonces, en los mejores estados de ánimo del primero, se esforzará caritativamente por interpretar a su imaginación lo que resulta imposible de resolver por su juicio. Incluso así, en su mayor parte, consideré a Bartleby y sus maneras. Pobre hombre, pensé, no tiene ninguna intención de hacer daño; es evidente que no pretende ser insolente; su aspecto demuestra suficientemente que sus excentricidades son involuntarias. Me es útil. Puedo llevarme bien con él. Si lo rechazo, lo más probable es que caiga en manos de algún empleador menos indulgente, y entonces será tratado con rudeza, y tal vez sea expulsado miserablemente a morir de hambre. Sí. Aquí puedo comprar a bajo precio una deliciosa auto-aprobación. Hacerme amigo de Bartleby, seguirle la corriente en su extraña obstinación, me costará poco o nada, mientras guardo en mi alma lo que a la larga será un dulce bocado para mi conciencia. Pero este estado de ánimo no era invariable en mí. La pasividad de Bartleby a veces me irritaba. Me sentía extrañamente impulsado a enfrentarme a él en una nueva oposición, para provocar en él alguna chispa de ira que respondiera a la mía. Pero, en realidad, bien podría haber intentado prender fuego con mis nudillos a un trozo de jabón Windsor. Pero una tarde el impulso maligno que había en mí me dominó, y se produjo la siguiente pequeña escena:

"Bartleby", dije, "cuando esos papeles estén todos copiados, los compararé contigo".

"Preferiría no hacerlo".

"¿Cómo? ¿Seguro que no pretendes persistir en esa caprichosa vaguedad?"

No hubo respuesta.

Abrí de golpe las puertas plegables que estaban cerca, y volviéndome hacia Turkey y Nippers, exclamé de forma excitada

"Dice, por segunda vez, que no quiere examinar sus papeles. ¿Qué te parece, Turkey?"

Era la tarde, recuérdese. Turkey estaba sentado brillando como una caldera de latón, con la cabeza calva humeante y las manos revueltas entre sus papeles emborronados.

"¿Pensar en ello?", rugió Turkey; "¡Creo que me pondré detrás de su biombo y le pondré los ojos morados!"

Al decir esto, Turkey se levantó y puso los brazos en posición de pugilato. Se apresuraba a cumplir su promesa, cuando lo detuve, alarmado por el efecto de despertar incautamente la combatividad de Turkey después de la cena.

"Siéntate, Turkey", le dije, "y escucha lo que Nippers tiene que decir. ¿Qué te parece, Nippers? ¿No estaría justificado que despidiera inmediatamente a Bartleby?"

"Disculpe, eso lo tiene que decidir usted, señor. Creo que su conducta es bastante inusual, y de hecho injusta, en lo que respecta a Turkey y a mí. Pero puede ser sólo un capricho pasajero".

"Ah", exclamé yo, "has cambiado extrañamente de opinión entonces; ahora hablas muy suavemente de él".

"Todo es cerveza", gritó Turkey; "la gentileza es efecto de la cerveza; Nippers y yo cenamos juntos hoy. Ya ve lo gentil que soy, señor. ¿Debo ir a ponerle los ojos negros?"

"Te refieres a Bartleby, supongo. No, hoy no, Turkey", respondí; "por favor, levanta los puños".

Cerré las puertas y volví a avanzar hacia Bartleby. Sentí incentivos adicionales que me tentaban a mi destino. Ardía en deseos de volver a rebelarme. Recordé que Bartleby nunca salía de la oficina.

"Bartleby -dije-, Ginger Nut no está; da un paso hasta la Oficina de Correos, ¿quieres? (no era más que un paseo de tres minutos) y mira si hay algo para mí".

"Preferiría no hacerlo".

"¿No lo harás?"

"Prefiero no hacerlo".

Me tambaleé hasta mi escritorio, y me senté allí en un profundo estudio. Volvió mi ciega empatía. ¿Había alguna otra cosa en la que pudiera procurar ser repelido ignominiosamente por este flaco y mísero peso... mi empleado contratado? ¿Qué cosa adicional hay, perfectamente razonable, que seguramente se negará a hacer?

"¡Bartleby!"

No hay respuesta.

"Bartleby", en un tono más alto.

No hay respuesta.

"Bartleby", rugí.

Como un verdadero fantasma, de acuerdo con las leyes de la invocación mágica, a la tercera llamada, apareció en la entrada de su ermita.

"Ve a la habitación de al lado y dile a Nippers que venga a verme".

"Prefiero no hacerlo", dijo respetuosa y lentamente, y desapareció suavemente.

"Muy bien, Bartleby", dije yo, en una especie de tono sereno y severo, que daba a entender el propósito inalterable de una terrible retribución muy cercana. En ese momento tenía la intención de hacer algo parecido. Pero en general, como se acercaba la hora de la cena, pensé que lo mejor era ponerme el sombrero y volver a

casa por el día, sufriendo mucho por la perplejidad y la angustia de mi mente.

¿Debo reconocerlo? La conclusión de todo este asunto fue que pronto se convirtió en un hecho fijo en mi despacho, que un joven y pálido escribiente, llamado Bartleby, tenía un escritorio allí; que copiaba para mí a la tasa habitual de cuatro centavos por folio (cien palabras); pero estaba permanentemente exento de examinar el trabajo realizado por él, siendo este deber transferido a Turkey y Nippers, un cumplido sin duda para su superior agudeza; Además, dijo que Bartleby nunca era enviado para el más trivial de los encargos de ningún tipo, y que incluso si se le pedía que se encargara de tal asunto, se entendía generalmente que prefería no hacerlo, es decir, que se negaría rotundamente.

Con el paso de los días, me reconcilé considerablemente con Bartleby. Su firmeza, su ausencia de toda disipación, su incesante laboriosidad (excepto cuando decidía ponerse de pie detrás de su biombo), su gran quietud, su inalterable comportamiento en cualquier circunstancia, lo convertían en una valiosa adquisición. Una cosa primordial era ésta: siempre estaba allí: primero por la mañana, continuamente durante el día, y por último por la noche. Tenía una singular confianza en su honestidad. Sentía que mis papeles más preciados estaban perfectamente seguros en sus manos. A veces no podía evitar, por mi propia alma, caer en repentinas pasiones espasmódicas con él. Porque era sumamente difícil tener en cuenta todo el tiempo esas extrañas peculiaridades, privilegios e inauditas exenciones que constituían las estipulaciones tácitas por parte de Bartleby bajo las cuales permanecía en mi oficina. De vez en cuando, en el afán de despachar asuntos urgentes, llamaba inadvertidamente a Bartleby, en un tono corto y rápido, para que pusiera su dedo, digamos, en el incipiente lazo de

un trozo de cinta roja con el que estaba a punto de comprimir unos papeles. Por supuesto, desde detrás del biombo se oía la respuesta habitual: "Prefiero no hacerlo"; y entonces, ¿cómo podría una criatura humana, con las debilidades comunes de nuestra naturaleza, abstenerse de exclamar amargamente sobre semejante perversidad, semejante irracionalidad? Sin embargo, cada repulsa adicional de este tipo que recibía sólo tendía a disminuir la probabilidad de que repitiera la inadvertencia.

Aquí hay que decir que, según la costumbre de la mayoría de los abogados que ocupan despachos en edificios densamente poblados, había varias llaves en mi puerta. Una la guardaba una mujer que residía en el ático, que fregaba semanalmente y barría y desempolvaba diariamente mis apartamentos. Otra la guardaba Turkey por comodidad. La tercera la llevaba a veces en mi propio bolsillo. El cuarto no sabía quién lo tenía.

Ahora bien, un domingo por la mañana fui por casualidad a la Iglesia de la Trinidad, para escuchar a un célebre predicador, y al encontrarme bastante temprano en el suelo, pensé en dar una vuelta por mis aposentos durante un rato. Por suerte llevaba mi llave, pero al aplicarla a la cerradura, me encontré con que se resistía algo introducido desde el interior. Bastante sorprendido, grité; cuando, para mi consternación, una llave fue girada desde el interior; y empujando su delgado rostro hacia mí, y manteniendo la puerta entreabierta, la aparición de Bartleby apareció, en mangas de camisa, y por lo demás en una deshabillé extrañamente andrajosa, diciendo en voz baja que lo sentía, pero que estaba muy ocupado en ese momento, y que prefería no admitirme en ese momento. En una o dos breves palabras, añadió además que tal vez sería mejor que yo diera dos o tres vueltas a la manzana, y que para entonces probablemente habría concluido sus asuntos.

Ahora bien, la aparición totalmente insólita de Bartleby, ocupando mi despacho de abogado un domingo por la mañana, con su despreocupación cada vez más caballerosa, pero al mismo tiempo firme y segura de sí misma, tuvo un efecto tan extraño en mí, que incontinentemente me escabullí de mi propia puerta, e hice lo que deseaba. Pero no sin varias punzadas de impotente rebeldía contra el suave descaro de este inexplicable escribiente. De hecho, fue su maravillosa suavidad la que no sólo me desarmó, sino que me desarmó, por así decirlo. Porque considero que uno, por el momento, está como desarmado cuando permite tranquilamente que su empleado contratado le dicte y le ordene salir de sus propias instalaciones. Además, estaba lleno de inquietud por saber qué podía estar haciendo Bartleby en mi despacho en mangas de camisa, y en una condición de desmantelamiento de un domingo por la mañana. ¿Estaba ocurriendo algo raro? No, eso estaba fuera de toda duda. No se podía pensar ni por un momento que Bartleby fuera una persona inmoral. ¿Pero qué podía estar haciendo allí? ¿Copiando? No, independientemente de sus excentricidades, Bartleby era una persona eminentemente decorosa. Sería el último hombre en sentarse en su escritorio en un estado cercano a la desnudez. Además, era domingo, y había algo en Bartleby que prohibía suponer que, con cualquier ocupación secular, violara las costumbres del día.

Sin embargo, mi mente no se apaciguó y, lleno de una inquieta curiosidad, volví por fin a la puerta. Sin ningún obstáculo, introduje mi llave, la abrí y entré. No se veía a Bartleby. Miré ansiosamente a mi alrededor, me asomé detrás de su biombo; pero era muy evidente que no estaba. Al examinar más detenidamente el lugar, deduje que durante un período indefinido Bartleby debió de comer, vestirse y dormir en mi despacho, y además sin plato, espejo ni

cama. El asiento acolchado de un viejo y desvencijado sofá situado en un rincón mostraba la débil huella de una forma reclinada y delgada. Bajo su escritorio encontré una manta; bajo la rejilla vacía, una caja de tinte y un cepillo; sobre una silla, una palangana de hojalata, con jabón y una toalla raída; en un periódico, unas migajas de frutos secos de jengibre y un bocado de queso. Sí, pensé, es bastante evidente que Bartleby ha estado haciendo su hogar aquí, manteniendo la sala de solteros él solo. Inmediatamente después, el pensamiento me invadió: ¡Qué miserable soledad y falta de amigos se revelan aquí! Su pobreza es grande; pero su soledad, ¡qué horrible! Piensa en ello. Los domingos, la Wall Street está desierta como Petra; y todas las noches de todos los días está vacía. También este edificio, que durante los días de la semana zumba con la industria y la vida, al anochecer resuena con el puro vacío, y todo el domingo está desamparado. Y aquí Bartleby tiene su hogar; único espectador de una soledad que ha visto toda poblada: ¡una especie de Marius inocente y transformado rumiando entre las ruinas de Cartago!

Por primera vez en mi vida se apoderó de mí una sensación de abrumadora melancolía. Antes, no había experimentado más que una tristeza nada agradable. El vínculo de una humanidad común me atraía ahora irresistiblemente a la melancolía. Una melancolía fraternal. Porque tanto yo como Bartleby éramos hijos de Adán. Recordé las sedas brillantes y los rostros resplandecientes que había visto aquel día, con adornos de gala, navegando como cisnes por el Mississippi de Broadway; y los contrasté con el pálido copista, y pensé para mis adentros: "Ah, la felicidad corteja la luz, por lo que consideramos que el mundo es alegre; pero la miseria se esconde a distancia, por lo que consideramos que la miseria no existe". Estas tristes fantasías, sin duda quimeras de un cerebro enfermo y tonto, condujeron a otros pensamientos más especiales, relativos a las excentricidades de Bartleby. Presentimientos de extraños descubrimientos revoloteaban a mi alrededor. La pálida

figura del escribiente se me apareció tendida, entre extraños indiferentes, en su temblorosa sábana.

De repente me atrajo el escritorio cerrado de Bartleby, la llave a la vista dejada en la cerradura.

No pretendo hacer ninguna travesura, no busco satisfacer ninguna curiosidad despiadada, pensé; además, el escritorio es mío, y su contenido también, así que me atreveré a mirar dentro. Todo estaba metódicamente ordenado, los papeles bien colocados. Los agujeros de las palomas eran profundos, y sacando las carpetas de documentos, me metí a tientas en sus huecos. En un momento dado, sentí algo allí y lo saqué. Era un viejo pañuelo, pesado y anudado. Lo abrí y vi que era una caja de ahorros.

Ahora recordé todos los silenciosos misterios que había observado en el hombre. Recordé que nunca hablaba sino para responder; que aunque a intervalos tenía bastante tiempo para sí mismo, nunca lo había visto leer, ni siquiera un periódico; que durante largos períodos se quedaba mirando hacia afuera, en su pálida ventana detrás del biombo, sobre la pared de ladrillos muertos; estaba bastante seguro de que nunca visitaba ningún refectorio o casa de comidas; mientras que su rostro pálido indicaba claramente que nunca bebía cerveza como los turcos, ni siquiera té o café, como los demás hombres; que nunca iba a ningún sitio en particular que yo pudiera conocer; que nunca salía a pasear, a no ser que fuera el caso en ese momento; que se negaba a decir quién era, o de dónde venía, o si tenía algún pariente en el mundo; que aunque estaba tan delgado y pálido, nunca se quejaba de mala salud. Y, sobre todo, recordé un cierto aire inconsciente de palidez -¿cómo llamarlo?-, de

pálida altivez, digamos, o más bien de austera reserva en él, que me había hecho sentir positivamente mi dócil conformidad con sus excentricidades, cuando había temido pedirle que hiciera la más mínima cosa incidental por mí, aun sabiendo, por su prolongada inmovilidad, que detrás de su pantalla debía de estar sumido en uno de esos ensueños suyos de paredes muertas.

Al girar todas estas cosas, y al unirlas con el hecho recientemente descubierto de que él hacía de mi oficina su lugar de residencia constante y su hogar, y sin olvidar su morbosos mal humor; al girar todas estas cosas, un sentimiento prudencial comenzó a invadirme. Mis primeras emociones habían sido de pura melancolía y de la más sincera piedad; pero justo en la medida en que la forlornidad de Bartleby crecía y crecía en mi imaginación, esa misma melancolía se fundía en miedo, esa piedad en repulsión. Es tan cierto, y tan terrible también, que hasta cierto punto el pensamiento o la visión de la miseria despierta nuestros mejores afectos; pero, en ciertos casos especiales, más allá de ese punto no lo hace. Se equivocan quienes afirman que esto se debe invariablemente al egoísmo inherente al corazón humano. Procede más bien de una cierta desesperación de remediar un mal excesivo y orgánico. Para un ser sensible, la compasión no pocas veces es dolor. Y cuando por fin se percibe que esa piedad no puede conducir a un socorro eficaz, el sentido común le pide al alma que se deshaga de ella. Lo que vi aquella mañana me persuadió de que el escribiente era víctima de un trastorno innato e incurable. Podía dar limosna a su cuerpo; pero su cuerpo no le dolía; era su alma la que sufría, y a su alma no podía llegar.

No cumplí el propósito de ir a la Iglesia de la Trinidad aquella mañana. De alguna manera, las cosas que había visto me descalificaban por el momento para ir a la iglesia. Volví a casa

pensando en lo que haría con Bartleby. Finalmente, decidí lo siguiente: a la mañana siguiente le haría algunas preguntas tranquilas sobre su historia, etc., y si se negaba a responderlas abiertamente y sin reservas (y supuse que preferiría no hacerlo), le daría un billete de veinte dólares además de lo que le debía, y le diría que sus servicios ya no eran necesarios; pero que si de alguna otra manera podía ayudarlo, lo haría con gusto, especialmente si deseaba regresar a su lugar de origen, dondequiera que fuera, ayudaría de buen grado a sufragar los gastos. Además, si, después de llegar a casa, se encontrara en algún momento en necesidad de ayuda, una carta suya sería una respuesta segura.

Llegó la mañana siguiente.

"Bartleby", le dije, llamándole suavemente detrás de su biombo.

No hubo respuesta.

"Bartleby", le dije, en un tono aún más suave, "ven aquí; no voy a pedirte que hagas nada que prefieras no hacer; simplemente quiero hablar contigo".

Al oír esto, se deslizó sin hacer ruido.

"¿Me dirás, Bartleby, dónde naciste?"

"Preferiría no hacerlo".

"¿Me dirás algo sobre ti?"

"Preferiría no hacerlo".

"¿Pero qué objeción razonable puede tener para hablar conmigo?
Me siento amigable con usted".

No me miró mientras hablaba, sino que mantuvo su mirada fija en mi busto de Cicerón, que en ese momento estaba directamente detrás de mí, a unos quince centímetros por encima de mi cabeza.

"¿Cuál es tu respuesta, Bartleby?", dije, después de esperar un tiempo considerable por una respuesta, durante el cual su semblante permaneció inmóvil, sólo hubo el más leve temblor concebible de la blanca boca atenuada.

"De momento prefiero no dar ninguna respuesta", dijo, y se retiró a su ermita.

Confieso que soy un poco débil, pero su manera de actuar en esta ocasión me molestó. No sólo parecía acechar en él un cierto desdén tranquilo, sino que su perversidad parecía ingrata, teniendo en cuenta el innegable buen uso y la indulgencia que había recibido de mí.

De nuevo me senté a rumiar lo que debía hacer. Mortificado como estaba por su comportamiento, y resuelto como había estado a despedirlo cuando entrara en mis oficinas, sin embargo sentí extrañamente que algo supersticioso golpeaba mi corazón, y me prohibía llevar a cabo mi propósito, y me denunciaba como un villano si me atrevía a pronunciar una palabra amarga contra este desamparado de la humanidad. Por fin, acercando familiarmente mi silla detrás de su biombo, me senté y dije: "Bartleby, no te preocupes entonces por revelar tu historia; pero déjame suplicarte, como amigo, que cumplas en lo posible con los usos de esta oficina. Di ahora que ayudarás a examinar los papeles mañana o al día siguiente: en resumen, di ahora que en uno o dos días empezarás a ser un poco razonable: dilo, Bartleby".

"Por el momento, preferiría no ser un poco razonable", fue su respuesta ligeramente cadavérica.

Justo en ese momento se abrieron las puertas plegables y se acercó Nippers. Parecía estar sufriendo un inusual mal descanso nocturno, inducido por una indigestión más severa de lo común. Escuchó las últimas palabras de Bartleby.

"No lo prefiero, ¿eh?", gritó Nippers. "Yo lo preferiría, si fuera usted, señor", dirigiéndose a mí. "Lo preferiría; le daría preferencias, ¡la mula obstinada! ¿Qué es, señor, por favor, lo que prefiere no hacer ahora?"

Bartleby no movió ni un miembro.

"Señor Nippers", dije, "preferiría que se retirara por el momento".

De alguna manera, últimamente me había acostumbrado a utilizar involuntariamente esta palabra "prefiero" en todo tipo de ocasiones no precisamente adecuadas. Y temía pensar que mi contacto con el escribiente ya me había afectado seriamente en el plano mental. ¿Y qué otra aberración más profunda no podría producir aún? Esta aprehensión no había dejado de ser eficaz para determinarme a emplear medios sumarios.

Cuando Nippers, con un aspecto muy agrio y malhumorado, se marchaba, Turkey se acercó con suavidad y deferencia.

"Con sumisión, señor", dijo, "ayer estuve pensando en Bartleby, y creo que si prefiriera tomar un litro de buena cerveza todos los días,

le ayudaría mucho a recuperarse y le permitiría ayudar a examinar sus papeles".

"Así que usted también tiene la palabra", dije, ligeramente excitado.

"Con sumisión, ¿qué palabra, señor?", preguntó Turkey, apiñándose respetuosamente en el reducido espacio que había detrás del biombo y, al hacerlo, haciéndome empujar al escribiente. "¿Qué palabra, señor?"

"Preferiría que me dejaran solo aquí", dijo Bartleby, como si se sintiera ofendido por ser acosado en su intimidad.

"Esa es la palabra, Turkey", dije, "esa es".

"Oh, ¿preferir? Oh, sí, una palabra extraña. Yo nunca la uso. Pero, señor, como estaba diciendo, si él prefiere..."

"Turkey", interrumpí, "por favor, retírese".

"Oh, ciertamente, señor, si usted prefiere que lo haga".

Cuando abrió la puerta plegable para retirarse, Nippers, que estaba en su escritorio, me vio y me preguntó si prefería que me copiaran un determinado documento en papel azul o blanco. No acentuó en lo más mínimo la palabra "preferir". Era evidente que le salió involuntariamente de la lengua. Pensé que debía deshacerme de un demente, que ya ha hecho girar las lenguas, si no las cabezas, de mí y de los empleados. Pero me pareció prudente no romper la destitución de inmediato.

Al día siguiente observé que Bartleby no hacía otra cosa que permanecer en su ventana en su retraimiento de pared cerrada. Al preguntarle por qué no escribía, dijo que había decidido no hacerlo más.

"¿Por qué, cómo ahora? ¿Qué es lo siguiente?", exclamé, "no escribir más".

"No más".

"¿Y cuál es la razón?"

"¿No ves la razón por ti mismo?", respondió con indiferencia.

Le miré fijamente y percibí que sus ojos parecían apagados y vidriosos. Al instante se me ocurrió que su inigualable diligencia al copiar junto a la ventana en penumbra durante las primeras semanas de su estancia conmigo podría haberle afectado temporalmente a la vista.

Me sentí conmovido. Le dije algo en señal de condolencia. Le insinué que, por supuesto, había hecho bien en abstenerse de escribir durante un tiempo, y le insté a que aprovechara esa oportunidad para hacer un sano ejercicio al aire libre. Sin embargo, no lo hizo. Pocos días después de esto, estando mis otros empleados ausentes, y teniendo mucha prisa por enviar ciertas cartas por correo, pensé que, no teniendo nada más que hacer, Bartleby sería seguramente menos inflexible que de costumbre, y llevaría estas cartas a la oficina de correos. Pero se negó rotundamente. Así que, para mi desgracia, fui yo mismo.

Pasaron aún más días. No puedo decir si los ojos de Bartleby mejoraron o no. En apariencia, creía que sí. Pero cuando le pregunté si lo habían hecho, no me respondió. En todo caso, no quiso copiar. Por fin, en respuesta a mis insistencia, me informó de que había renunciado definitivamente a copiar.

"¿Qué?", exclamé, "suponiendo que sus ojos se pusieran completamente bien, mejor que nunca, ¿no copiaría entonces?".

"He dejado de copiar", respondió, y se hizo a un lado.

Siguió siendo, como siempre, un elemento fijo en mi habitación. No, si eso fuera posible, se convirtió en un elemento más fijo que antes. ¿Qué había que hacer? No quería hacer nada en el despacho: ¿por qué iba a quedarse allí? De hecho, ahora se había convertido en una piedra de molino para mí, no sólo inútil como collar, sino aflictiva de llevar. Sin embargo, lo sentía por él. Hablo menos que la verdad cuando digo que, por su propia cuenta, me causaba malestar. Si hubiera nombrado a un solo pariente o amigo, le habría escrito al instante, y le habría instado a que se llevara al pobre hombre a algún refugio conveniente. Pero parecía estar solo, absolutamente solo en el universo. Un poco de naufragio en medio del Atlántico. Al final, las necesidades relacionadas con mis negocios se impusieron a todas las demás consideraciones. Con toda la decencia que pude, le dije a Bartleby que dentro de seis días debía abandonar incondicionalmente la oficina. Le advertí que, en el intervalo, tomara medidas para conseguir otra morada. Me ofrecí a ayudarlo en este empeño, si él mismo daba el primer paso hacia la mudanza. "Y cuando por fin me dejes, Bartleby -añadí-, me encargaré de que no te vayas completamente desprovisto. Seis días a partir de esta hora, recuerda".

Al expirar ese plazo, me asomé detrás del biombo, y ¡he aquí que Bartleby estaba allí!

Me abotoné el abrigo, me equilibré; avancé lentamente hacia él, le toqué el hombro y le dije: "Ha llegado el momento; debes dejar este lugar; lo siento por ti; aquí tienes dinero; pero debes irte".

"Preferiría no hacerlo", contestó él, todavía de espaldas a mí.

"Debes hacerlo".

Permaneció en silencio.

Ahora tenía una confianza ilimitada en la honestidad común de este hombre. Con frecuencia me había devuelto seis peniques y chelines que se me habían caído al suelo por descuido, pues yo suelo ser muy imprudente en estos asuntos de los botones de la camisa. El procedimiento que siguió no se considerará extraordinario.

"Bartleby -dije-, te debo doce dólares a cuenta; aquí tienes treinta y dos; los veinte impares son tuyos.

Pero no hizo ningún movimiento.

"Entonces los dejaré aquí", poniéndolos bajo un peso sobre la mesa. Luego, tomando mi sombrero y mi bastón y dirigiéndome a la puerta, me volví tranquilamente y añadí: "Después de que haya sacado sus cosas de estas oficinas, Bartleby, por supuesto cerrará la puerta con llave -ya que todos se han ido por el día menos usted- y, si le parece, deslice su llave debajo del felpudo, para que yo

pueda tenerla por la mañana. No volveré a verla, así que adiós. Si en lo sucesivo, en su nuevo lugar de residencia, puedo serle de alguna utilidad, no deje de avisarme por carta. Adiós, Bartleby, y que te vaya bien".

Pero no contestó ni una palabra; como la última columna de un templo en ruinas, permaneció mudo y solitario en medio de la habitación, por lo demás desierta.

Mientras caminaba hacia mi casa, pensativo, mi vanidad se apoderó de mi piedad. No podía sino enorgullecerme de mi magistral gestión para deshacerme de Bartleby. Magistral lo llamo, y así debe parecerle a cualquier pensador desapasionado. La belleza de mi procedimiento parecía consistir en su perfecta tranquilidad. No hubo ninguna intimidación vulgar, ninguna bravuconada de ningún tipo, ninguna instigación colérica, ni zancadas de un lado a otro del apartamento, dando órdenes vehementes para que Bartleby se liara con sus mendaces trampas. Nada de eso. Sin pedir a gritos que Bartleby se fuera -como habría hecho un genio inferior-, di por sentado que debía irse, y sobre esa suposición construí todo lo que tenía que decir. Cuanto más pensaba en mi procedimiento, más me encantaba. Sin embargo, a la mañana siguiente, al despertarme, tuve mis dudas, pues de alguna manera había dormido los vapores de la vanidad. Una de las horas más frías y sabias que tiene un hombre es justo después de despertarse por la mañana. Mi procedimiento parecía tan sagaz como siempre, pero sólo en teoría. La cuestión era cómo se demostraría en la práctica. Era realmente un hermoso pensamiento haber asumido la partida de Bartleby; pero, después de todo, esa suposición era simplemente mía, y nada de Bartleby. La gran cuestión no era si yo había supuesto que él me dejaría, sino si él

prefería hacerlo. Era más un hombre de preferencias que de suposiciones.

Después del desayuno, caminé por la ciudad, discutiendo las probabilidades a favor y en contra. En un momento pensé que resultaría un miserable fracaso, y que Bartleby se encontraría vivo en mi oficina como de costumbre; al momento siguiente parecía seguro que vería su silla vacía. Y así seguí dando vueltas. En la esquina de Broadway con la calle Canal, vi un grupo de personas muy excitadas que conversaban seriamente.

"Apuesto a que no va", dijo una voz cuando pasé.

"¿No va? -¡Hecho!", dije yo, "ponga su dinero".

Instintivamente estaba metiendo la mano en el bolsillo para sacar el mío, cuando recordé que era un día de elecciones. Las palabras que había escuchado no hacían referencia a Bartleby, sino al éxito o no de algún candidato a la alcaldía. En mi estado de ánimo, había imaginado, por así decirlo, que toda la Broadway compartía mi entusiasmo y debatía conmigo la misma cuestión. Seguí adelante, muy agradecido de que el alboroto de la calle disimulara mi momentáneo despiste.

Como había previsto, llegué antes de lo habitual a la puerta de mi despacho. Me quedé escuchando un momento. Todo estaba

tranquilo. Debía de haberse ido. Probé el pomo. La puerta estaba cerrada. Sí, mi procedimiento había funcionado a las mil maravillas; en efecto, debía de haber desaparecido. Sin embargo, una cierta melancolía se mezcló con esto: Casi me arrepentí de mi brillante éxito. Estaba tanteando bajo el felpudo de la puerta en busca de la llave, que Bartleby debía haber dejado allí para mí, cuando accidentalmente mi rodilla golpeó contra un panel, produciendo un sonido de llamada, y en respuesta me llegó una voz desde el interior: "Todavía no; estoy ocupado."

Era Bartleby.

Me quedé atónito. Por un instante me quedé como el hombre que, con la pipa en la boca, fue asesinado una tarde sin nubes, hace mucho tiempo, en Virginia, por un relámpago de verano; en su propia y cálida ventana abierta fue asesinado, y permaneció allí asomado a la tarde de ensueño, hasta que alguien lo tocó, cuando cayó.

"¡No se ha ido!" murmuré al fin. Pero obedeciendo de nuevo a ese maravilloso ascendiente que el inescrutable escribiente tenía sobre mí, y del que, por mucho que me quejara, no podía escapar del todo, bajé lentamente las escaleras y salí a la calle, y mientras daba una vuelta a la manzana, consideré lo que debía hacer a continuación en esta inaudita perplejidad. Sacar al hombre de la calle con un empujón, no podía; ahuyentarlo con insultos duros no serviría; llamar a la policía era una idea desagradable; y, sin embargo, permitirle disfrutar de su cadavérico triunfo sobre mí, tampoco esto se me ocurría. ¿Qué había que hacer? o, si no se podía hacer nada, ¿había algo más que pudiera asumir en el

asunto? Sí, así como antes había asumido prospectivamente que Bartleby se iría, ahora podía asumir retrospectivamente que se había ido. Para llevar a cabo legítimamente esta suposición, podría entrar en mi oficina a toda prisa y, fingiendo no ver a Bartleby en absoluto, caminar directamente hacia él como si fuera el aire. Un procedimiento así tendría la apariencia de un ataque a domicilio. Era difícil que Bartleby pudiera resistir tal aplicación de la doctrina de las suposiciones. Pero, pensándolo bien, el éxito del plan parecía bastante dudoso. Decidí volver a discutir el asunto con él.

"Bartleby", dije, entrando en el despacho, con una expresión tranquilamente severa, "estoy seriamente disgustado. Me duele, Bartleby. Había pensado mejor de ti. Te había imaginado de una organización tan caballerosa, que en cualquier dilema delicado bastaría con una ligera insinuación, en definitiva, una suposición. Pero parece que me he engañado. Por qué -añadí, comenzando sin afectación- ni siquiera ha tocado ese dinero todavía -señalándolo, justo donde lo había dejado la noche anterior.

No respondió nada.

"¿Me dejarás o no me dejarás?" le pregunté con súbita pasión, acercándome a él.

"Preferiría no dejarte", respondió, enfatizando suavemente el no.

"¿Qué derecho terrenal tienes a quedarte aquí? ¿Pagas algún alquiler? ¿Pagas mis impuestos? ¿O esta propiedad es tuya?"

No respondió nada.

"¿Estás preparado para seguir escribiendo ahora? ¿Está recuperada su vista? ¿Podría copiar un pequeño papel para mí esta mañana? o ayudar a examinar unas pocas líneas? o dar una vuelta por la oficina de correos? En una palabra, ¿hará usted cualquier cosa para dar color a su negativa a abandonar el local?"

Se retiró en silencio a su ermita.

Yo me encontraba en un estado de resentimiento tan nervioso que me pareció prudente abstenerme por el momento de hacer más demostraciones. Bartleby y yo estábamos solos. Recordé la tragedia del desafortunado Adams y del aún más desafortunado Colt en la solitaria oficina de este último; y cómo el pobre Colt, estando terriblemente indignado por Adams, y permitiéndose imprudentemente excitarse salvajemente, se precipitó sin darse cuenta en su acto fatal, un acto que ciertamente nadie podría deplorar más que el propio actor. En mis reflexiones sobre el tema se me ha ocurrido a menudo que si aquel altercado hubiera tenido lugar en la vía pública o en una residencia privada, no habría terminado como lo hizo. Fue la circunstancia de estar solos en una oficina solitaria, subiendo las escaleras, de un edificio totalmente ajeno a las asociaciones domésticas humanizadoras; una oficina sin alfombrar, sin duda, de aspecto polvoriento y macilento; esto debió

de ser lo que contribuyó en gran medida a aumentar la irritable desesperación del desventurado Colt.

Pero cuando este viejo Adán del resentimiento se levantó en mí y me tentó con respecto a Bartleby, lo agarré y lo arrojé. ¿Cómo? Simplemente recordando el mandato divino: "Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros". Sí, esto fue lo que me salvó. Aparte de consideraciones más elevadas, la caridad opera a menudo como un principio enormemente sabio y prudente, una gran salvaguarda para su poseedor. Los hombres han cometido asesinatos por celos, y por ira, y por odio, y por egoísmo, y por orgullo espiritual; pero ningún hombre, del que yo haya oído hablar, ha cometido un asesinato diabólico por la dulce caridad. Así pues, el mero interés propio, si no puede alistarse un motivo mejor, debería, especialmente en los hombres de gran temperamento, impulsar a todos los seres a la caridad y la filantropía. En cualquier caso, en la ocasión en cuestión, me esforcé por ahogar mis exasperados sentimientos hacia el escribiente interpretando benévolamente su conducta. Pobrecito, pobrecito, pensé, no tiene ninguna intención; y además, ha pasado por momentos difíciles y hay que complacerlo.

Me esforcé también en ocuparme inmediatamente y, al mismo tiempo, en reconfortar mi abatimiento. Traté de imaginar que en el transcurso de la mañana, a una hora que le resultara agradable, Bartleby, por propia voluntad, saldría de su ermita y emprendería alguna línea de marcha decidida en dirección a la puerta. Pero no. Llegaron las doce y media; Turkey comenzó a brillar en la cara, a volcar su tintero y a volverse generalmente obstinado; Nippers se redujo a la quietud y la cortesía; Ginger Nut masticó su manzana del mediodía; y Bartleby permaneció de pie en su ventana en uno de sus más profundos ensueños de pared cerrada. ¿Se le dará

crédito? ¿Debo reconocerlo? Aquella tarde salí de la oficina sin decirle una sola palabra más.

Pasaron algunos días, durante los cuales, a intervalos de tiempo libre, leí un poco "Edwards on the Will" y "Priestly on Necessity". Dadas las circunstancias, esos libros me produjeron un sentimiento saludable. Poco a poco me fui convenciendo de que estos problemas míos en relación con el escribiente habían sido predestinados desde la eternidad, y que Bartleby había sido acantonado en mi casa por algún misterioso propósito de una Providencia omnisciente, que un simple mortal como yo no podía comprender. Sí, Bartleby, quédate ahí detrás de tu biombo, pensé; no te perseguiré más; eres inofensivo y silencioso como cualquiera de estas viejas sillas; en fin, nunca me siento tan privado como cuando sé que estás aquí. Por lo menos lo veo, lo siento; penetro en el propósito predestinado de mi vida. Estoy contento. Puede que otros tengan papeles más elevados que representar; pero mi misión en este mundo, Bartleby, es proporcionarte un despacho durante el tiempo que consideres oportuno permanecer.

Creo que este sabio y bendito estado de ánimo habría continuado conmigo, si no fuera por los comentarios no solicitados y poco caritativos que me hicieron mis amigos profesionales que visitaban las habitaciones. Pero así sucede a menudo, que la constante fricción de las mentes no liberales desgasta al final las mejores resoluciones de los más generosos. Aunque, sin duda, cuando reflexioné sobre ello, no era extraño que la gente que entraba en mi despacho se sintiera impresionada por el peculiar aspecto del inexplicable Bartleby, y por ello se viera tentada a lanzar algunas observaciones siniestras sobre él. A veces, un abogado que tenía negocios conmigo, y que llamaba a mi despacho y no encontraba allí a nadie más que al escribiente, se empeñaba en obtener de él

algún tipo de información precisa sobre mi paradero; pero sin hacer caso a su palabrería, Bartleby permanecía inmóvil en medio de la sala. Así que después de contemplarlo en esa posición durante un tiempo, el abogado se marchaba, sin ser más sabio de lo que había llegado.

Además, cuando se celebraba una referencia y la sala estaba llena de abogados y testigos y los negocios se desarrollaban con rapidez; algún caballero legal presente, muy ocupado, al ver a Bartleby totalmente desocupado, le pedía que corriera a su despacho (del caballero legal) y le trajera algunos papeles. Entonces, Bartleby se negaba tranquilamente y seguía sin hacer nada. Entonces, el abogado lanzaba una gran mirada y se volvía hacia mí. ¿Y qué podía decir yo? Por fin me di cuenta de que en todo el círculo de mis conocidos profesionales corría un murmullo de asombro en relación con la extraña criatura que tenía en mi despacho. Esto me preocupó mucho. Y como se me ocurrió la idea de que posiblemente se convirtiera en un hombre longevo, y siguiera ocupando mis aposentos, y negando mi autoridad; y desconcertando a mis visitantes; y escandalizando mi reputación profesional; y arrojando una pesadumbre general sobre el local; manteniendo alma y cuerpo juntos hasta el final con sus ahorros (porque sin duda no gastaba más que medio centavo al día), y al final tal vez me sobreviviera, y reclamara la posesión de mi despacho por derecho de ocupación perpetua: Mientras todas estas oscuras anticipaciones se agolpaban más y más sobre mí, y mis amigos continuamente hacían sus implacables comentarios sobre la aparición en mi habitación, se produjo un gran cambio en mí. Decidí reunir todas mis facultades y librarme para siempre de este intolerable incubo.

Sin embargo, antes de elaborar cualquier complicado proyecto adaptado a este fin, me limité a sugerir a Bartleby la conveniencia de que se marchara definitivamente. En un tono calmado y serio, encomendé la idea a su cuidadosa y madura consideración. Pero después de meditarlo durante tres días, me comunicó que su decisión original seguía siendo la misma; en resumen, que seguía prefiriendo quedarse conmigo.

¿Qué debo hacer? me dije ahora, abrochándome el abrigo hasta el último botón. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué dice la conciencia que debo hacer con este hombre, o más bien fantasma? Deshacerme de él, debo; ir, debe. ¿Pero cómo? No lo echarás, al pobre mortal pálido y pasivo, no echarás a una criatura tan indefensa de tu puerta, no te deshonrarás con semejante crueldad. No, no lo haré, no puedo hacer eso. Más bien le dejaría vivir y morir aquí, y luego albañilería sus restos en la pared. ¿Qué harás entonces? Por más que lo convenzas, no cederá. Los sobornos los deja bajo tu propio pisapapeles en tu mesa; en resumen, es evidente que prefiere aferrarse a ti.

Entonces hay que hacer algo severo, algo inusual. ¿Qué? ¿Seguro que no harás que lo arreste un agente de policía, y que su inocente palidez sea enviada a la cárcel común? ¿Y en qué se basa para hacer tal cosa? ¿Es un vagabundo? ¿Qué? ¿Es un vagabundo, un vagabundo, que se niega a moverse? Es porque no quiere ser un vagabundo, entonces, que usted busca contarle como tal. Eso es demasiado absurdo. No tiene medios de subsistencia visibles: ahí lo tengo. Te equivocas de nuevo: porque indudablemente se mantiene a sí mismo, y esa es la única prueba irrefutable que cualquier hombre puede mostrar de que posee los medios para hacerlo. No más entonces. Ya que él no me deja, yo debo dejarle a él. Cambiaré mis oficinas, me mudaré a otro lugar y le avisaré que si lo encuentro

en mis nuevas instalaciones, procederé contra él como un intruso común.

Actuando en consecuencia, al día siguiente me dirigí a él de la siguiente manera: "Encuentro estas habitaciones demasiado lejos del Ayuntamiento; el aire es insalubre. En una palabra, me propongo trasladar mis oficinas la próxima semana, y ya no necesitaré sus servicios. Se lo digo ahora, para que busque otro lugar".

No respondió, y no se dijo nada más.

El día señalado, contraté carros y hombres, me dirigí a mis aposentos y, al tener pocos muebles, todo fue retirado en pocas horas. En todo momento, el escribiente permaneció de pie detrás del biombo, el cual ordené que fuera retirado lo último. Fue retirado, y al ser doblado como un enorme folio, le dejó como ocupante inmóvil de una habitación desnuda. Me quedé en la entrada observándolo un momento, mientras algo en mi interior me reprendía.

Volví a entrar, con la mano en el bolsillo y el corazón en la boca.

"Adiós, Bartleby; me voy; adiós, y que Dios te bendiga de alguna manera; y toma esto", deslizando algo en su mano. Pero se le cayó al suelo, y entonces -extraño es decirlo- me separé de aquel del que tanto había deseado librarme.

Instalado en mi nueva vivienda, durante uno o dos días mantuve la puerta cerrada con llave, y me sobresalté con cada pisada en los pasillos. Cuando volvía a mis habitaciones después de una pequeña ausencia, me detenía un instante en el umbral y escuchaba atentamente, antes de echar la llave. Pero estos temores eran innecesarios. Bartleby nunca se acercó a mí.

Creía que todo iba bien, cuando me visitó un extraño de aspecto perturbado, preguntando si yo era la persona que había ocupado recientemente las habitaciones del número de la Wall Street.

Lleno de presentimientos, le contesté que sí.

"Entonces, señor", dijo el desconocido, que resultó ser un abogado, "usted es responsable del hombre que dejó allí. Se niega a hacer cualquier copia; se niega a hacer cualquier cosa; dice que prefiere no hacerlo; y se niega a abandonar el local."

"Lo siento mucho, señor", dije, con supuesta tranquilidad, pero con un temblor interior, "pero, realmente, el hombre al que usted se refiere no es nada para mí; no es ningún pariente ni aprendiz mío, como para que me considere responsable de él".

"En nombre de la misericordia, ¿quién es?"

"Ciertamente no puedo informarle. No sé nada de él. Antes lo empleé como copista; pero hace tiempo que no hace nada por mí."

"Entonces lo arreglaré, buenos días, señor".

Pasaron varios días y no volví a saber nada más; y aunque a menudo sentí un impulso caritativo de pasar por el lugar y ver al pobre Bartleby, sin embargo una cierta aprensión de no sé qué me retuvo.

A estas alturas todo ha terminado con él, pensé al fin, cuando durante otra semana no me llegó ninguna otra información. Pero al llegar a mi habitación al día siguiente, encontré a varias personas esperando en mi puerta en un alto estado de excitación nerviosa.

"Ese es el hombre, aquí viene", gritó el más importante, a quien reconocí como el abogado que me había llamado antes a solas.

"Debe llevárselo, señor, de inmediato", gritó una persona corpulenta entre ellos, avanzando hacia mí, y que supe que era el propietario del número de la Wall Street. "Estos caballeros, mis inquilinos, no pueden soportarlo más; el señor B...", señalando al abogado, "lo ha

echado de su habitación, y ahora persiste en rondar el edificio en general, sentándose en las barandillas de la escalera durante el día y durmiendo en la entrada por la noche. Todo el mundo está preocupado; los clientes están abandonando las oficinas; se teme que haya una turba; hay que hacer algo, y sin demora."

Atónito ante este torrente, retrocedí ante él, y de buena gana me hubiera encerrado en mis nuevas dependencias. En vano insistí en que Bartleby no era nada para mí, ni para nadie más. En vano: yo era la última persona de la que se sabía que tenía algo que ver con él, y me exigían que rindiera cuentas. Temeroso entonces de ser expuesto en los periódicos (como amenazó oscuramente una persona presente), consideré el asunto, y finalmente dije que si el abogado me concedía una entrevista confidencial con el escribiente, en su propia habitación (la del abogado), esa tarde me esforzaría al máximo para librarlos de la molestia de la que se quejaban.

Al subir las escaleras hacia mi antiguo lugar de residencia, estaba Bartleby sentado silenciosamente en la barandilla del rellano.

"¿Qué haces aquí, Bartleby?", le dije.

"Sentado en la barandilla", respondió suavemente.

Le hice un gesto para que entrara en la habitación del abogado, que nos dejó.

"Bartleby", dije, "¿eres consciente de que eres la causa de una gran tribulación para mí, al persistir en ocupar la entrada después de haber sido despedido del despacho?".

No hubo respuesta.

"Ahora debe ocurrir una de dos cosas. O bien usted debe hacer algo, o bien se le debe hacer algo a usted. ¿A qué tipo de negocio le gustaría dedicarse? ¿Te gustaría volver a dedicarte a copiar para alguien?"

"No; preferiría no hacer ningún cambio".

"¿Le gustaría ser dependiente en una tienda de productos secos?"

"Hay demasiadas limitaciones en eso. No, no me gustaría un puesto de oficinista; pero no soy muy exigente".

"Demasiado confinamiento", grité, "¡por qué te mantienes confinado todo el tiempo!"

"Preferiría no aceptar un puesto de oficinista", replicó, como si quisiera zanzar ese pequeño asunto de una vez.

"¿Cómo te sentaría el trabajo de camarero? No hay que poner a prueba la vista en eso".

"No me gustaría en absoluto; aunque, como he dicho antes, no soy muy exigente".

Su inusual palabrería me inspiró. Volví a la carga.

"Bueno, entonces, ¿te gustaría viajar por el país recogiendo facturas para los comerciantes? Eso mejoraría tu salud".

"No, preferiría hacer otra cosa".

"¿Qué le parecería entonces ir de acompañante a Europa, para entretener a algún joven caballero con su conversación, cómo le sentaría eso?"

"En absoluto. No me parece que haya nada definitivo en eso. Me gusta estar inmóvil. Pero no soy particular".

"Entonces no te moverás", grité, perdiendo ahora toda la paciencia, y por primera vez en toda mi exasperante relación con él, me apasioné. "Si no te vas de este lugar antes de la noche, me sentiré obligado -de hecho, estoy obligado- a abandonar el lugar yo mismo". Concluí de forma bastante absurda, sin saber con qué posible amenaza tratar de asustar su inmovilidad para que cumpliera. Desesperado por cualquier otro esfuerzo, me apresuré a dejarle, cuando se me ocurrió un último pensamiento, que no había sido del todo indulgente antes.

"Bartleby -dije con el tono más amable que podía adoptar en circunstancias tan excitantes-, ¿quieres venir a casa conmigo ahora, no a mi oficina, sino a mi vivienda, y quedarte allí hasta que podamos llegar a un acuerdo conveniente para ti en nuestro tiempo libre? Vamos, partamos ahora mismo".

"No: de momento prefiero no hacer ningún cambio".

No respondí nada, sino que, esquivando eficazmente a todo el mundo por la brusquedad y rapidez de mi huida, salí corriendo del edificio, subí por la Wall Street hacia Broadway, y saltando al primer ómnibus me alejé pronto de la persecución. Tan pronto como volví a

estar tranquilo, me di cuenta de que había hecho todo lo posible, tanto en lo que respecta a las exigencias del propietario y sus inquilinos, como en lo que se refiere a mi propio deseo y sentido del deber, para beneficiar a Bartleby y protegerlo de una ruda persecución. Ahora me esforcé por estar totalmente despreocupado y tranquilo, y mi conciencia me justificó en el intento, aunque en realidad no tuvo el éxito que hubiera deseado. Tan temeroso estaba de volver a ser perseguido por el indignado propietario y sus exasperados inquilinos, que, renunciando a mi negocio en manos de Nippers, durante unos días me paseé por la parte alta de la ciudad y por los suburbios, en mi rockaway; crucé a Jersey City y Hoboken, y realicé visitas fugitivas a Manhattanville y Astoria. De hecho, casi viví en mi rockaway durante ese tiempo.

Cuando volví a entrar en mi despacho, encontré una nota del propietario sobre el escritorio. La abrí con manos temblorosas. Me informaba de que el escritor había enviado a la policía y había hecho que Bartleby fuera trasladado a las Tumbas como vagabundo. Además, como yo sabía más que nadie sobre él, deseaba que me presentara en ese lugar y que hiciera una declaración adecuada de los hechos. Estas noticias tuvieron un efecto contradictorio en mí. Al principio me indigné, pero al final casi lo aprobé. La disposición enérgica y sumaria del propietario le había llevado a adoptar un procedimiento que no creo que yo mismo hubiera decidido; y sin embargo, como último recurso, en circunstancias tan peculiares, parecía el único plan.

Como supe después, el pobre escribiente, cuando se le dijo que debía ser conducido a las tumbas, no ofreció el menor obstáculo, sino que, con su pálida e inmóvil manera, consintió en silencio.

Algunos de los compasivos y curiosos transeúntes se unieron al grupo; y encabezados por uno de los alguaciles del brazo de Bartleby, la silenciosa procesión se abrió paso a través de todo el ruido, el calor y la alegría de las bulliciosas calles del mediodía.

El mismo día que recibí la nota me dirigí a las Tumbas, o para hablar con más propiedad, a los Salones de Justicia. Buscando al funcionario adecuado, expuse el propósito de mi llamada, y me informaron de que el individuo que describía estaba efectivamente dentro. Entonces le aseguré al funcionario que Bartleby era un hombre perfectamente honesto, y muy compasivo, por muy excéntrico que fuera. Le conté todo lo que sabía y terminé sugiriendo la idea de dejarle en un confinamiento lo más indulgente posible hasta que se pudiera hacer algo menos duro, aunque en realidad apenas sabía qué. En todo caso, si no se podía decidir otra cosa, la casa de beneficencia debía recibirlo. Entonces le pedí una entrevista.

Al no estar bajo ninguna acusación vergonzosa, y sereno e inofensivo en todos sus actos, le habían permitido pasearse libremente por la prisión, y especialmente por el patio cubierto de hierba. Y así lo encontré allí, de pie, solo, en el más tranquilo de los patios, con la cara hacia un alto muro, mientras a su alrededor, desde las estrechas rendijas de las ventanas de la cárcel, me pareció ver asomarse los ojos de asesinos y ladrones.

"¡Bartleby!"

"Te conozco", dijo, sin mirar a su alrededor, "y no quiero decirte nada".

"No he sido yo quien te ha traído aquí, Bartleby", dije, profundamente dolido por su sospecha implícita. "Y para ti, este no debería ser un lugar tan vil. No hay nada reprochable que se te atribuya por estar aquí. Y mira, no es un lugar tan triste como uno podría pensar. Mira, ahí está el cielo, y aquí la hierba".

"Sé dónde estoy", contestó, pero no quiso decir nada más, y entonces le dejé.

Cuando entré de nuevo en el pasillo, un hombre ancho como la carne, con un delantal, me abordó, y sacando el pulgar por encima del hombro dijo: "¿Es tu amigo?"

"Sí".

"¿Quiere morirse de hambre? Si es así, déjalo vivir con la tarifa de la prisión, eso es todo".

"¿Quién es usted?", pregunté yo, sin saber qué hacer con una persona que hablaba de forma tan poco oficial en un lugar así.

"Yo soy el encargado de la comida. Los caballeros que tienen amigos aquí, me contratan para que les proporcione algo bueno para comer".

"¿Es así?", dije, volviéndome hacia el dueño de la casa.

Dijo que sí.

Pues bien", dije yo, poniendo algo de plata en manos del "grubman" (porque así lo llamaban). "Quiero que prestes especial atención a mi amigo; que le des la mejor cena que puedas conseguir. Y debes ser lo más cortés posible con él".

"Preséntame, ¿quieres?", dijo el parrillero, mirándome con una expresión que parecía decir que estaba todo impaciente por una oportunidad de dar una muestra de su crianza.

Pensando que sería beneficioso para el escribiente, acepté y, preguntándole su nombre, me dirigí con él a Bartleby.

"Bartleby, éste es el señor Cutlets; te será muy útil".

"Su siervo, señor, su siervo", dijo el mozo, saludando en voz baja detrás de su delantal. "Espero que le resulte agradable este lugar, señor; amplios terrenos, frescos apartamentos, señor; espero que se quede con nosotros algún tiempo; procure que sea agradable. ¿Podemos el Sr. Cutlets y yo tener el placer de su compañía para cenar, señor, en la habitación privada del Sr. Cutlets?"

"Prefiero no cenar hoy", dijo Bartleby, dándose la vuelta. "No me gustaría; no estoy acostumbrado a las cenas". Al decir esto, se dirigió lentamente al otro lado del recinto y se colocó frente a la pared cerrada.

"¿Cómo es esto?", dijo el hombre de la parrilla, dirigiéndose a mí con una mirada de asombro. "Es raro, ¿no?"

"Creo que está un poco trastornado", dije yo, con tristeza.

"¿Desquiciado? ¿Desquiciado es? Pues bien, por mi parte, pensé que ese amigo suyo era un caballero falsificador; siempre son pálidos y gentiles, los falsificadores. No puedo compadecerlos, no puedo evitarlo, señor. ¿Conoció usted a Monroe Edwards?", añadió conmovido, e hizo una pausa. Luego, apoyando su mano en mi hombro, suspiró: "Murió de tisis en Sing-Sing. ¿Así que no conocías a Monroe?"

"No, nunca conocí socialmente a ningún falsificador. Pero no puedo detenerme más. Mira a mi amigo allá. No perderás con ello. Te veré de nuevo".

Algunos días después de esto, volví a obtener la admisión en las Tumbas, y recorrí los pasillos en busca de Bartleby; pero sin encontrarlo.

"Lo vi salir de su celda no hace mucho tiempo", dijo un lacayo, "puede que haya ido a merodear por los patios".

Así que fui en esa dirección.

"¿Buscas al hombre silencioso?", me dijo otro de los guardias al pasar por delante de mí. "Allí está, durmiendo en el patio. No hace ni veinte minutos que lo vi acostado".

El patio estaba totalmente tranquilo. No era accesible a los prisioneros comunes. Los muros que lo rodeaban, de un grosor asombroso, impedían cualquier sonido detrás de ellos. El carácter egipcio de la mampostería me pesaba con su penumbra. Pero un suave césped encarcelado crecía bajo los pies. Parecía el corazón de las pirámides eternas, donde, por alguna extraña magia, a través

de las hendiduras, habían brotado semillas de hierba, dejadas caer por los pájaros.

Extrañamente acurrucado en la base del muro, con las rodillas levantadas y tumbado de lado, con la cabeza tocando las frías piedras, vi al consumido Bartleby. Pero nada se movió. Me detuve; luego me acerqué a él; me incliné y vi que sus oscuros ojos estaban abiertos; por lo demás, parecía profundamente dormido. Algo me impulsó a tocarlo. Le toqué la mano, y un escalofrío me recorrió el brazo y la columna vertebral hasta los pies.

El rostro redondo del hombre de la parrilla se asomó a mí ahora. "Su cena está lista. ¿Tampoco cenará hoy? ¿O es que vive sin cenar?"

"Vive sin cenar", dije, y cerró los ojos.

"¡Eh! - Está dormido, ¿no?"

"Con reyes y consejeros", murmuré yo.

* * * * *

Parece que no hay necesidad de continuar con esta historia. La imaginación suplirá fácilmente el escaso relato del entierro del pobre Bartleby. Pero antes de despedirme del lector, permítanme decir que si esta pequeña narración le ha interesado lo suficiente como para despertar la curiosidad por saber quién era Bartleby y qué tipo de vida llevaba antes de que el presente narrador lo conociera, sólo puedo responder que comparto plenamente esa curiosidad, pero que soy totalmente incapaz de satisfacerla. Sin embargo, no sé si debo divulgar un pequeño rumor que llegó a mis oídos unos meses después del fallecimiento del escribiente. Nunca pude saber en qué se basaba y, por lo tanto, no puedo decir si es cierto. Pero como este vago informe no ha dejado de tener un extraño interés sugestivo para mí, por muy triste que sea, puede resultar lo mismo para algunos otros; y por eso lo mencionaré brevemente. El informe era el siguiente: que Bartleby había sido un empleado subordinado en la Oficina de la Carta Muerta en Washington, de la que había sido retirado repentinamente por un cambio en la administración. Cuando pienso en este rumor, no puedo expresar adecuadamente las emociones que me embargan. ¡Cartas muertas! ¿No suena a hombres muertos? Si concibo a un hombre, por naturaleza y por desgracia, propenso a una pálida desesperanza, ¿puede haber algún asunto más apropiado para aumentarla que el de manejar continuamente esas cartas muertas y clasificarlas para las llamas? Porque todos los años se queman por montones. A veces, del papel doblado, el pálido empleado toma un anillo: el dedo para el que estaba destinado, tal vez, se moldea en la tumba; un billete enviado en la más rápida caridad: aquel a quien aliviaría, ya no come ni tiene hambre; el perdón para los que murieron desesperados; la esperanza para los que murieron sin esperanza; las buenas noticias para los que murieron sofocados por calamidades no aliviadas. En los recados de la vida, estas cartas se aceleran hacia la muerte.

¡Ah Bartleby! ¡Ah, la humanidad!

1. Capítulo 1